

#

Ontología y política postmodernas

Aragüés, J.M., *De la Vanguardia al Cyborg*, Ed.Eclipsados, Zaragoza, 2012, 302 pgs.

Aventurarnos por los senderos de la llamada filosofía posmoderna siempre resulta complejo debido, en parte, a que los usuales recorridos historiográficos por estas latitudes suelen adolecer de una falta de claridad y de ciertas ambigüedades conceptuales y políticas que acaban por exasperar a aquellos recelosos que se asoman por primera vez a los territorios de la diferencia. Este recelo al que debe enfrentarse todo libro que se aproxime a la posmodernidad, es salvado por el recorrido que Juan Manuel Aragüés nos ofrece en su libro *De la vanguardia al cyborg*: una aproximación al paradigma posmoderno desde tres vías de entrada –ontología, antropología y política– que consiguen definir la posmodernidad de un modo preciso y, al mismo tiempo, con una especial preocupación por la definición política de los nuevos modos de pensamiento que le confieren a su trabajo una perspectiva de indagación política en el pensamiento altamente sugerente.

Usualmente, la posmodernidad se nos presenta como la pérdida de todo fundamento, como la necesidad de pensar sin los asideros clásicos (ni Ser ni Verdad ni Sujeto) y la apertura de nuevas vías y nuevos conceptos que dan lugar a un paradigma cultural que descrea de los grandes relatos y opta por la negación y la sospecha de los grandes conceptos legitimadores fundadores, durante el siglo XIX y principios del XX, de lo decible y pensable en Occidente. Sin embargo, la posmodernidad llegó tarde al pensamiento, fue anticipada en las vanguardias artísticas y, quizás por ello, llegó de un modo tan explosivo que, recopilar los lugares de su emergencia y el sentido de tal emergencia, nos resulta, todavía hoy, tan complicado como pretender cartografiar un viaje sin dirección por el desierto.

Es complicado dibujar los contornos precisos del inicio del viaje cuando llevamos tanto tiempo deambulando por el desierto. Cuando el desierto se hizo circular y los conceptos posmodernos con los que crecimos se nos van revelando gastados. Y, sin esas coordenadas de inicio, resulta imposible ni siquiera querer orientarnos. Pero también tenemos la sospecha que ese viaje está acabando y, precisamente, el lugar de llegada depende de aquello que no nos hayamos dejado en el camino. Juan Manuel Aragüés parece sondear esta inquietud casi generacional, parece querer definir nuestro punto de partida en el viaje posmoderno y, al mismo tiempo, establecer cuáles de los cien modos posibles de romper al sujeto, a la verdad y al mundo nos pueden servir para habitar un presente tan inclemente como el nuestro.

La primera aproximación que nos presenta es la concepción de la crisis de la modernidad como término de un paradigma cultural que se expresa en los ámbitos científicos, literarios e incluso musicales bajo la forma de las vanguardias de principios de siglo. El paradigma posmoderno es visto, entonces, como la consecuencia de una crisis radical del modo de pensar clásico que, a finales del XIX y principios del XX, salta por los aires con Nietzsche, Freud, Marx, Maiakovskii,

#

#

Schönberg, Gödel, Einstein y todos aquellos representantes de un lenguaje de vanguardia que rompía con la totalidad de elementos clásicos que todavía aspiraban a leer el mundo. Centrándose particularmente en el estallido del paradigma científico clásico y en las vanguardias literarias y musicales, Aragüés nos ofrece un fresco detallado y fundamentado en su profundo conocimiento de las vanguardias, que nos devuelve a esos momentos privilegiados de la historia en los que, en pleno derribo de los fundamentos clásicos, los lenguajes y las ideas se retuercen hasta su máxima expresión, intentando formar un pensamiento que capte el nuevo mundo en ciernes y chocando brutalmente contra las anteriores concepciones del mundo todavía presentes.

De este modo, la erosión de la modernidad comenzará en un primer momento con las vanguardias artísticas, con la revolución científica y con la filosofía de la sospecha, poniendo en jaque los pilares fundamentales que sostenían la cultura y la política occidentales. Sin embargo, es obvio que aquí Aragüés está sondeando los comienzos, optando por establecer el surgimiento de la posmodernidad no de un modo abrupto, sino como un progresivo deterioro de la misma modernidad, desmarcándose así de los autores que defienden un enfrentamiento modernidad- posmodernidad. Este deterioro quizás forme parte de los mismos presupuestos modernos, quizás de algunas de sus piezas clave incluso. La cultura moderna crea vanguardias que la destruyen, superándola y aspirando a pensar el mundo de otro modo. Y, precisamente, ese concebir el mundo de otro modo es lo que pasa a analizar Aragüés en su siguiente capítulo. Entrando de lleno en la posmodernidad, su análisis va a dividirse en los planos ontológico, antropológico y político, entendiendo estos planos como tres modos privilegiados de encarar el fenómeno posmoderno y situar sus presupuestos e intenciones.

La ontología posmoderna es particularmente problemática debido a la dificultad de pensar ontológicamente sin acudir a un fundamento. Sustituyendo a la centralidad de la pregunta por el Ser, la Diferencia se nos aparece como el nuevo marco ontológico a pensar en la posmodernidad, planteada desde visiones tan diferentes como las de Heidegger, Lyotard, Derrida, Deleuze o Vattimo. La reivindicación de la diferencia puede leerse como un ataque frontal a todo lo unitario, desde la pluralidad social, las nuevas multiplicidades políticas más allá de la división de clases, la sociedad de consumo con su “indiferenciada diferencia” o los nuevos modos de comunicación cimentan la centralidad de un concepto como la diferencia que siempre estuvo sometido a la identidad pero que, en plena posmodernidad, va a pasar a la centralidad ontológica. Aragüés insiste, sin embargo, en que no todos los tratamientos de la diferencia son equivalentes y que, “la ontología es el campo de batalla”. Una batalla ontológica que cobrará todavía más fuerza cuando se sume el concepto de mediatización y el carácter de espectáculo mediático de lo real se vincule con la diferencia. La ontología, entonces, ya no será la formación de un mundo suprasensible, ni siquiera de un orden de lo real ideológico, sino que pasará por la descripción inmanente de un mundo sensorial identificado como simulacro, de tal modo que se nos aparezca el peligro de que la realidad quede reducida a un simulacro basado en la diferencia ante el cual sólo podemos dejarnos llevar y consumir. Si esto es así, entonces, ¿qué clase de vínculo estableceremos con

#

#

lo real? ¿de qué modo habitaremos nuestro presente y se nos ofrecerá un sentido a lo que (nos) pasa?

Aquí es dónde aparece la vinculación de la ontología con la antropología, pues ya podemos anticipar que una de las características posmodernas con la que sí podemos continuar nuestro viaje más allá de la posmodernidad es la de la unión entre ontología, antropología y política (dicho de otro modo: ontología crítica de nosotros mismos). Y es en la antropología donde Aragüés mantiene un pulso más crítico con las nociones posmodernas y nos comienza a ofrecer explícitamente una indagación política que pretende señalar los lugares ciegos y cómplices de eso llamado posmodernidad.

Para analizar el eje antropológico posmoderno, el autor realiza una historia antropológica partiendo de la disolución humanista que se comienza a fraguar entre Sartre y Merleau-Ponty, para, a partir de ahí, observar de qué modo en la hermenéutica y en el análisis de la mediatización del marxismo occidental y el freudo-marxismo puede observarse la repercusión antropológica de la progresiva asunción de una ontología de la diferencia y de la mediatización que cristalizará en el estructuralismo como plena asunción crítica de la ontología posmoderna. El recorrido es apasionante y es posible observar los enfrentamientos de los últimos pensadores políticos modernos con un mundo que iba deslavazándose y que, agarrándose a las últimas fuerzas humanistas que claman contra la alienación, acaban por anticipar que el sujeto humanista, centro y corazón de la modernidad, autónomo, crítico y libre, quizás no sea más que una producción ideológica del presente. El sueño humanista acaba y el estructuralismo se enfrenta a la tarea de recomenzar una antropología íntimamente ligada a la ontología y, precisamente aquí, es dónde aparece Foucault con su propuesta de ontología de nosotros mismos, con su anti-antropología capaz de aunar en un solo gesto presente, sujeto e insumisión.

La muerte del hombre foucaultiana le sirve a Aragüés para continuar su andadura por los andamios de la posmodernidad, para observar de qué modo a partir de esta unión ontológica y antropológica particular es posible engarzar una posición política que denuncie los gestos cómplices con el poder que arrastran ciertos autores posmodernos. La muerte del hombre nos lleva a una tarea filosófica consistente en el análisis del presente –ontología del presente escanciada en el análisis del saber, del poder y de la subjetividad– que tiene por objetivo cambiar eso que somos, desanudar nuestras prácticas de libertad. Y en consecuencia con esta propuesta a la vez analítica y liberadora, Aragüés se centra en Deleuze para observar uno de los desarrollos del concepto de diferencia aplicado a este nuevo contexto inaugurado por Foucault y expresado en conceptos como la des-sujeción, la liberación de deseos, la desterritorialización. Conceptos complejos pero que, como demuestra Aragüés en su acertado análisis de la película *Atrapado en el tiempo*, las nociones de pliegue y de diferencia en Deleuze se asimilan a la concepción de la construcción de la subjetividad como lucha ontológica por no dejar que las diferencias sean reducidas a lo mismo ni a la normalidad social.

#

#

Una vez analizada la pertenencia mutua entre ontología y antropología en el paradigma posmoderno, Aragüés nos lleva a la cuestión política evidenciando la necesidad de armar una nueva política ajustada a las nociones y a las destrucciones llevadas a cabo por la posmodernidad. Y es aquí dónde deben extremarse el cuidado y dónde la mirada crítica del autor nos lleva a la obra, también posmoderna de Richard Rorty. Rorty se inscribe en la posmodernidad debido a sus ataques a la noción de representación, fundamento y verdad. Asumiendo la contingencia en todos los ámbitos hasta elevarla a categoría ontológica, Rorty nos presenta un pensamiento que pretende fundar la utopía liberal. Desde el análisis de Rawls hasta Rorty, se observa que el liberalismo ha sido permeable a la posmodernidad y que, incluso, esa pérdida de fundamentos le ha reforzado, como prueba la propuesta rortyana de un individuo voluble e irónico perfectamente ajustado a los vaivenes del mercado del liberalismo. Nos dice Aragüés que la batalla se produce justamente entre pensamiento constituido y pensamiento constituyente, como si nos quisiera decir que aquello que debemos dejar atrás en nuestra común andadura por el desierto debe ser lo ya constituido, lo que siempre es lo mismo, lo que nos reconduce a la normalidad aunque sea a costa de reconocer ciertas diferencias, ciertas libertades o ciertas transgresiones. Así, Aragüés no sólo nos ofrece una descripción atinada y precisa de la posmodernidad, sino que su pretensión es más ambiciosa: nos encara ante la necesidad de una crítica a la posmodernidad, pero de una crítica situada en el presente, de profundo calado político, que puede ser interpretada como búsqueda urgente de elementos que sigan siendo válidos para lo que está por venir –y aquí encuentra Aragüés a Foucault, Deleuze, Nietzsche, Benjamin y Negri, entre otros–.

Sería necesario, entonces, proveernos de aquellos elementos que constituyen los discursos antagonistas, aquellos que realmente nos sacan de sí, que preludian algo que todavía está por construir y que quizás estemos ya construyendo. Y, con esas herramientas, con lo poco que tenemos construido, parece Aragüés nos emplaza a afrontar de una vez el proceso constituyente del fin de la posmodernidad.

Joaquín Fortanet
Universidad Zaragoza

#